

Palabra de Vida de enero de 1997

“... En nombre de Cristo, déjense reconciliar con Dios” (2 Cor. 5,20)

El comentario de Chiara Lubich a la Palabra de Vida propuesta para el mes de enero.

Es la exhortación que San Pablo dirige a los Corintios después de hacer un gran anuncio, corazón de todo el Evangelio: Dios reconcilió al mundo consigo por medio de Cristo (Cf. 2 Cor. 5, 19).

En la cruz, con la muerte de su Hijo, Dios nos dio la prueba suprema de su amor. Por medio de la cruz de Cristo, El nos reconcilió consigo.

Esta verdad fundamental de nuestra fe está hoy en plena actualidad. Es la revelación que toda la Humanidad espera: sí, Dios con su amor está cercano a todos y ama apasionadamente a cada uno. Nuestro mundo tiene necesidad de este anuncio, pero podemos darlo si antes lo anunciamos una y otra vez a nosotros mismos, hasta sentirnos circundados por este amor, aun cuando todo nos hiciera pensar lo contrario.

“... En nombre de Cristo, déjense reconciliar con Dios”.

Esta fe en el amor de Dios no puede quedar encerrada en la interioridad de cada uno, como bien explica San Pablo: Dios nos dio el encargo de llevar a otros a reconciliarse con Él (Cf. 2 Cor. 5,18) confiando a cada cristiano la gran responsabilidad de dar testimonio del amor de Dios por sus criaturas.

¿Cómo?

Todo nuestro comportamiento tendría que hacer creíble esta verdad que anunciamos. Jesús dijo claramente que antes de llevar la ofrenda al altar tenemos que reconciliarnos con nuestro hermano o hermana si ellos tuviesen algo contra nosotros (Cf. Mt. 5, 23-24).

Y esto es válido primeramente dentro de nuestras comunidades: familias, grupos, asociaciones, Iglesias... Es decir, estamos llamados a abatir todas las barreras que se opongan a la concordia entre las personas y los pueblos.

Sobre todo durante este mes, en el que en muchas partes del mundo se celebra la Semana de la oración por la unidad de los cristianos, estamos llamados a colaborar, a comprometernos con la oración sobre todo para dar nuestra aportación con el fin de que caigan todos aquellos obstáculos que impiden la plena comunión entre las Iglesias.

“... En nombre de Cristo, déjense reconciliar con Dios”.

“En nombre de Cristo” significa “en su lugar”. Haciendo las veces de Él, viviendo con Él y como Él, amémonos como Él nos amó, sin cerrazones ni prejuicios, sino abiertos para acoger y apreciar los valores positivos de nuestro prójimo, dispuestos a dar la vida unos por otros. Éste es el mandamiento por

excelencia de Jesús, el distintivo de los cristianos, válido aún hoy como en los tiempos de los primeros seguidores de Cristo.

Vivir esta palabra significa convertirnos en reconciliadores.

De esta forma, si todos nuestros gestos, nuestras palabras, nuestras actitudes están impregnados de amor, serán como los de Jesús. Seremos, como Él, portadores de alegría y de esperanza, de concordia y de paz; es decir, de aquel mundo reconciliado con Dios (Cf. 2 *Cor.* 5,19) que toda la creación espera.

Chiara Lubich